

agentes militares y civiles esquilmaron el país con sus depredaciones, y de todos estos abusos se originó una pequeña guerra de montañas, que continuó hasta la grande del año siguiente. Otro atropello cometió el Directorio: el de anexionar á Francia, con la pequeña república de Mulhouse, la de Ginebra, que, pequeña por el territorio y la población, grande por la inteligencia y los ilustres varones que brillaban en los fastos de su historia, se bastaba á sí misma y no había razón para despojarla de su robusta individualidad fundiéndola en la gran masa francesa.

Por tal modo cayó Suiza de confederación independiente á república vasalla, formando, con las repúblicas romana, cisalpina y báltava, á modo de ancha y fortísima muralla que protegía de Sur á Norte la frontera oriental de la gran Nación. Mas la muralla no era continua; quedaba ancha puerta, el espacio que media entre Suiza y Holanda. Esta puerta se encargaron de cerrarla en Rastadt Treilhard y Bonnier, pidiendo, el diez y siete de Enero, la cesión de toda la margen izquierda del Rhin, y que se deliberase inmediatamente sobre la manera de indemnizar á los Estados que resultasen lesionados por esta cesión. La impresión que causó tamaña exigencia fué de terror y espanto. Los príncipes eclesiásticos imploraron gimiendo el apoyo del Austria; los seculares se aplicaron á salvar sus intereses para cuando se fijasen las indemnizaciones, y, al efecto, no pocos de ellos trataron de ganarse el favor de los franceses, sobornando á ministros, enviados, secretarios y hasta lacayos. Poco á poco, los ánimos se fueron calmando, ante el convencimiento de que no había medio de resistir. Thugut tuvo que aguantarse, y la Diputación, después de largas y apasionadas discusiones, votó el once de Marzo la cesión impuesta, á la que Metternich aportó el treinta del propio mes la sanción imperial.

¡Qué deprisa iba creciendo el nuevo coloso! Bélgica y la margen izquierda del Rhin, anexionadas; Holanda, Suiza, la Cisalpina y Roma, ocupadas militarmente, ¿qué potencia osaría ponerse frente á la formidable república? Aliáranse todas, y trabajo había de costarles vencerla. Tranquilo podía dedicarse ahora Bonaparte á ejecutar sus otros proyectos, el primero de los cuales era la bajada á Inglaterra, en la que no tenía, sin embargo, gran confianza. «Esta pequeña Europa no me proporciona bastante gloria, decía á sus familiares. Hay que ir á Oriente, de donde proceden todas las grandes glorias. Si el éxito de una bajada á Inglaterra me parece dudoso, como temo, me voy á Egipto». El ocho de Febrero partió á visitar las costas de Picardía, de Flandes y de Zelandia; examinó los puntos en que podría efectuarse el embarque, y regresó resuelto á no acometer semejante aventura. El veintitrés dió cuenta al Directorio por escrito de lo que había visto y juzgado. «Los mayores esfuerzos, dijo, no nos darán en muchos años la superioridad en el mar, y bajar á Inglaterra sin dominar el mar sería la empresa más temeraria y difícil que se haya acometido nunca». Demuestra luego la insuficiencia de los armamentos; calcula los gastos, muy superiores á los recursos del gobierno entrampado, y termina diciendo: «La

bajada á Inglaterra no será posible hasta el año próximo, y entonces la estorbarán probablemente las complicaciones ocurridas en el Continente; la ocasión propicia ha pasado, y quizás para siempre». En otra comunicación, del mismo día, enumeraba de nuevo lo que se debía hacer para intentar la empresa, y añadía: «Si nada de esto es posible, hay que renunciar á la bajada y concentrar todas las fuerzas en el Rhin, para arrancar Hamburgo y el Hannover á los ingleses.... O bien se puede enviar una expedición á Levante, para amenazar el comercio inglés en las Indias.... Mas, si también esto fuera imposible, sólo nos queda concluir la paz con Inglaterra, que tal vez se obtendría ahora en buenas condiciones, y nos permitirá aumentar nuestras pretensiones en Rastadt». Bien sabía Bonaparte que de todas estas disyuntivas sólo era posible la expedición á Levante. ¿A qué hablar de la ocupación del Hannover, si unas semanas antes se había dado seguridades á Prusia de respetarlo?; ¿á qué de la paz con Inglaterra, que el Directorio acababa de rechazar con sus torpes fanfarronadas? A toda prisa, pero á conciencia, estudió Bonaparte todo lo concerniente al famoso país de Egipto, cuya adquisición habían proyectado más de una vez los reyes de Francia, por las ventajas que ofrecía su situación intermedia entre Europa y la alta Asia. Sabido es que el santo rey Luis IX dirigió su primera cruzada al valle del Nilo; que el filósofo Leibniz propuso á Luis XIV conquistarlo; que de nuevo se examinó el proyecto durante la guerra de América, y que recientemente el cónsul de Alejandria había enviado al Directorio una *Memoria* sobre el mismo asunto. De insensata se ha calificado la expedición á Egipto; no pensaba así Nelson, que veía la posibilidad de que los franceses, una vez en el Nilo, suscitasen graves peligros á las posesiones inglesas en las Indias orientales. Mas no pensaba Bonaparte en lo que Nelson temía, no pensaba ni en conquistar las Indias ni en trastornar el Oriente; pensaba sólo en hacerse con un nuevo resorte para pesar con arrollador empuje en la política de Europa. Pensaba que una vez dueño de Egipto, estaría en su mano el proponer; bien á las cortes imperiales unirse á Francia para proceder al reparto de Turquía, bien á la Puerta aliarse con la República francesa contra las cortes imperiales, á cambio de la entrega de Egipto, en poder á la sazón de los mamelucos y sobre el que no ejercía el sultán sino mera supremacía nominal. Bonaparte consideraba esto último como lo más ventajoso, y al efecto, el ministro Talleyrand iría en la expedición, para marchar de Egipto á Constantinopla en calidad de enviado de Francia. Estos cálculos podían ser más ó menos aventurados, pero de seguro no eran extravagantes.

Bonaparte se esforzó en ganar á su proyecto á todas las personas que podían secundarle, militares, políticos y doctos, haciendo brillar á sus ojos las grandiosas consecuencias que tendría el logro de la empresa y atenuando las dificultades y peligros de ésta. Para todo tenía respuesta, y el sentido práctico que se revelaba en los detalles, inspiraba confianza y velaba lo que había de temeroso en la expedición. De rara fortaleza se nece-



sitaba estar dotado para resistir á la especie de fascinación que ejercía la singular elocuencia del general. No logró, sin embargo, convencer á todos, ni siquiera á los individuos del Directorio. Nada tiene de extraño. Enviar fuera de Europa la flor de los jefes y soldados, vaciar los arsenales, arriesgar la marina, ya tan quebrantada, precisamente cuando las revoluciones que se acababan de efectuar en Suiza y Roma hacían muy insegura la paz continental, parecía ser una de aquellas cosas que, después de meditada tres veces, aconseja el adagio rechazar. La deliberación fué larga; empeñados los debates. Reveillere combatió enérgicamente la empresa; Rewbell le apoyó; pero Barras y los otros directores la aprobaron, más que por creerla conveniente, por el miedo que les causaba el general y el deseo de alejarle de París. El ministro de Marina dimitió, convencido de que el resultado de la expedición sería la ruína de la flota. Se investió á Bonaparte de poderes ilimitados para prepararlo todo á su gusto, y éste presentó el cinco de Marzo, al Directorio, una relación de las medidas que estimaba necesarias para apoderarse de Malta y de Egipto. Para engañar á los ingleses, el dos de Abril se publicó un decreto mandando á Bonaparte irse á Brest; pero el doce, por órdenes secretas, el ejército de Inglaterra fué transformado en ejército de Oriente, y su general autorizado á ocupar la isla de Malta, posición central del Mediterráneo, apoderarse de Egipto, cortar el istmo de Suez, para poner en comunicación el Mediterráneo con el mar Rojo, y expulsar á los ingleses de todas las posesiones de Oriente adonde se pudiese llegar. Justificaba el Directorio la invasión de Egipto en que los beis de los mamelucos, ligados íntimamente con los ingleses, perseguían á los franceses con encarnizamiento. Siete semanas, del cinco de Marzo al veintitrés de Abril, le bastaron á Bonaparte para terminar los preparativos, gracias á una actividad que lo abrazaba todo, desde lo más importante á lo más minucioso. Tropas de Bolonia marcharon á Tolón; batallones del ejército de Italia fueron á embarcarse en Génova, y la división Desaix se trasladó de Roma á Civita-Vecchia. Barcos de transporte afluyeron en gran número á estos puertos, mientras que en Tolón se reunía imponente flota, compuesta de navios franceses y venecianos, y mandada por el almirante Brueys. No perdonó medio Bonaparte de revestir á la expedición de brillo extraordinario que impresionase la pública imaginación; además de elegir excelentes generales, como los Kleber, los Desaix, los Lannes, los Duvout, los Murat y otros, organizó una comisión de doctos para estudiar, bajo la protección de su espada, la naturaleza y los monumentos en la antigua cuna de la civilización, y en ella corrieron á alistarse las eminencias científicas de Francia, Monge, Berthollet, Fourier, Dolomieu, Geoffroy-Saint-Hilaire y muchos más. El veintiséis de Abril se había fijado para la partida. Mas el veintidós, en el momento de ir Bonaparte á subir al coche en París, se recibió la noticia de sucesos inesperados acaecidos en Viena y que ponían en peligro la paz de Europa. Se circularon órdenes á todas partes, comunicando el aplazamiento de la salida.

Era lo ocurrido nada menos que un conflicto entre el gobierno austriaco y Bernadotte, cuyo nombramiento para el cargo de embajador en Viena había sido una locura. Imbuído en las pasiones y modales de los jacobinos, no comprendió el general la índole de su cometido, ni era capaz, caso de haber llegado á comprenderla, de ajustar á ella su conducta. Empezó por no hacer á la nobleza de la corte la visita de costumbre, y porque una vez el archiduque Carlos, á causa de inesperado incidente, aplazó para el día siguiente una audiencia que le había concedido, Bernadotte le mandó á decir que si el archiduque tenía inconvenientes para el lunes, él los tenía para el martes. Su tercer secretario, un ardiente patriota polaco, le persuadió de que la sublevación de Polonia, mencionada como posible en su instrucción, era el objeto principal de su tarea, y desde entonces, el palacio de la embajada francesa fué punto de cita de todos los conspiradores polacos, sin que el embajador advirtiese que era este el camino más derecho para provocar la unión de las tres potencias copartícipes contra Francia. En fin, se puede juzgar de la rudeza de Bernadotte por lo que él mismo nos cuenta haber dicho en una conversación con Thugut: «Respondí con energía republicana: ¿qué me importa el furor insensato de ese tirano del Norte? Bastante trabajo le mando en el corazón de su país; Polonia romperá sus cadenas y Francia tendrá el campo libre en este asunto». Con semejantes procedimientos, la influencia de Bernadotte llegó á ser nula, y sus informes muy defectuosos. Él mismo acabó por comprender el triste papel que desempeñaba, y escribió al Directorio, el doce de Abril, que le sacase de la vida diplomática, que le era odiosa, y le volviese al servicio activo. Hubiéralo pedido antes, y se habrían evitado los desagradables sucesos del día siguiente. Celebraba la población de Viena, en este día, el aniversario de la leva que se había efectuado cuando Bonaparte invadiera la Stiria, y aunque nada había en ello de ofensivo para Francia, el susceptible Bernadotte izó en el balcón de la embajada una bandera tricolor, de cuatro metros de larga, con la inscripción en francés: «República francesa». Como no era costumbre entonces enarbolar banderas extranjeras más que en las ciudades conquistadas, el pueblo dióse por ofendido, se apiñó en compacta muchedumbre delante de la casa, prorrumpió en injurias, arrojó piedras, que rompieron las ventanas, hasta que un osado cerrajero trepó al balcón y arrancó la bandera, que fué hecha mil pedazos. En esto acabó todo, por más que se tardó algunas horas en restablecer la tranquilidad. Bernadotte escribió varias cartas á Thugut, pidiéndole en la tercera los pasaportes, para irse con todo el personal de la embajada, como no fuera que, al día siguiente, el emperador condenase oficialmente el tumulto, castigase á los autores é hiciese reponer por uno de sus oficiales la bandera en el balcón. Las cartas con que le contestaron Thugut y Colloredo, éste en nombre del emperador, no satisficieron al amostazado embajador, que insistió en pedir los pasaportes y se marchó. Este fué el conflicto. Por de pronto, las dos partes, viendo cada una en el suceso una perfidia de la otra, sólo pensaron en prepararse á la defensa.



En Austria, el archiduque Carlos dió órdenes para movilizar las tropas, á fin de porteger el Archiducado y marchar á Baviera, al tiempo que el gobierno imponía un empréstito forzoso. En Francia, Bonaparte hizo desembarcar todas las tropas y puso parte importante de ellas á disposición del general Brune, para defender á Italia. Pero ninguna de las dos potencias deseaba la ruptura. Bonaparte quería irse á Egipto; Thugut quería consolidar sus alianzas antes de volver á encender la guerra. El ruido provocado por la bandera de Bernadotte desagradó á entrambas partes, y fué ocasión de nuevas tentativas de concierto. Habiendo recibido Talleyrand una carta conciliadora del ministro austriaco, Bonaparte se decidió, á instancias del Directorio, á trasladarse á Rastadt para conferenciar con Cobentzel; pero éste había regresado á Viena, llamado por Thugut, para formar parte de una combinación ministerial. Cuando, de Rastadt, la carta de Bonaparte llegó á Viena, se decidió que Cobentzel regresase inmediatamente al Congreso, para seguir la importante negociación; pero el aviso llegó tarde á París. Vacilando estuvo Bonaparte algún tiempo entre emprender la expedición á Egipto, no obstante lo inseguro de la situación, ó continuar en París, por si estallaba la guerra con Austria. Parece que se inclinaba á quedarse. Pensaba que, lo mismo una nueva guerra victoriosa contra el Austria que una alianza con esta potencia, le conducirían á la realización de sus ensueños, á la posesión del supremo poder en Francia. Si lograba transigir con el Austria, fortalecido en la opinión con este nuevo triunfo, le sería fácil derribar al Directorio por sorpresa. Mateo Dumas cuenta en sus *Memorias*, refiriéndose á una comunicación del general Desaix, que Bonaparte estaba resuelto á deshacerse del Directorio. Algo hubo de sonar en los oídos de éste acerca de lo que contra él se tramaba, y entonces expidió á Bonaparte orden de partir inmediatamente para Egipto. Bonaparte se puso furioso y ofreció la dimisión. Rewbell, ó, según otros, Reveillere, le alargó la pluma diciéndole: «Escribala, General; la República tiene aun hijos que no la abandonarán». Merlin se la arrancó de las manos, y Bonaparte cedió, partiendo al día siguiente, tres de Mayo, para Tolón. Lo que detuvo ahora á Bonaparte de derribar á la República francesa, fué el parecerle que la opinión no estaba aun bastante ilustrada acerca del régimen con que había de ser sustituida. Marchaba con la seguridad de que, tales torpezas había de cometer el Directorio en su ausencia, que al regreso el pueblo le aclamaría como salvador. «Para que yo llegase á ser dueño de Francia, escribí más tarde en Santa Elena, era menester que durante mi ausencia el Directorio sufriese desastres y que, á mi regreso, trajese la victoria en los pliegues de mi bandera».

En Tolón le aguardaba el cuerpo principal del ejército expedicionario, compuesto casi exclusivamente de los antiguos soldados de Italia. Les habló en términos semejantes á los de su primera proclama del noventa y seis, pero con más crudeza de lenguaje todavía: «Soldados: hace dos años os prometí poner fin á vuestras miserias; os conduje á Italia, y

allí todo se os otorgó. Ni vosotros habéis hecho aun lo bastante para la patria, ni la patria ha hecho aun lo bastante para vosotros. Voy á llevaros á un país donde, por vuestras futuras hazañas, superaréis á aquellos que asombran hoy á vuestros admiradores, y prestaréis á la patria los servicios que tiene derecho á esperar de un ejército de invencibles.—Prometo á cada soldado que, á la vuelta, tendrá con qué comprar seis fanegas de tierra». Este lenguaje era inconveniente. Bonaparte lo comprendió ó se le hizo comprender, y dos días después publicó otra proclama, en la que sólo habla de gloria y de patria, no de botín. La flota se hizo á la vela el diez y nueve de Mayo, con rumbo á Malta, recogiendo de camino los convoyes preparados en Génova, Ajaccio y Civita-Vecchia. Dejémosla por unos instantes, para ver lo que aconteció en Francia y en Europa durante la ausencia del general invicto.